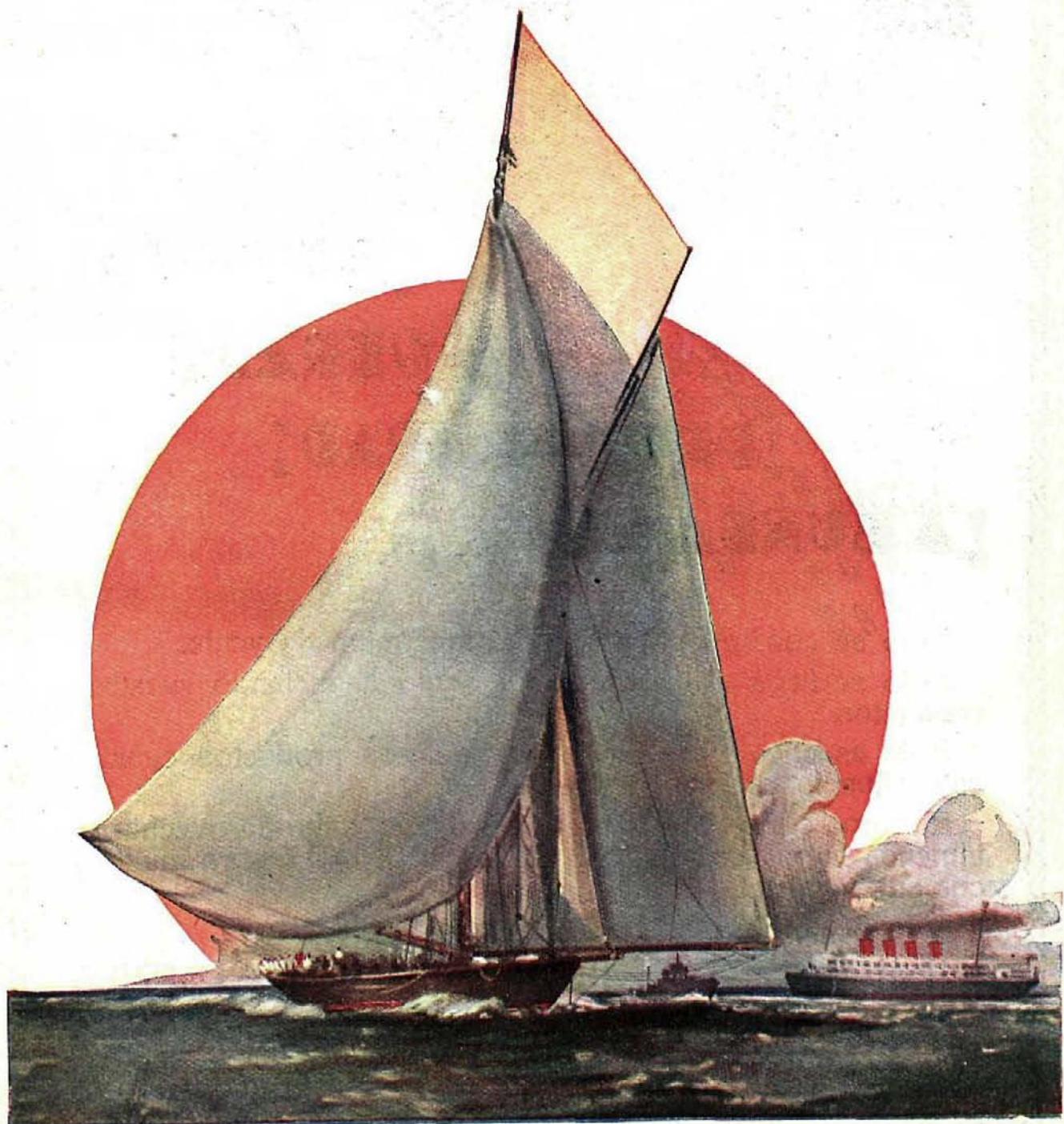


Alrededor del Mundo



LAS BESTIAS FEROCES Y EL HOMBRE

La mayor parte de las fieras no atacan al hombre como éste no sea el primero que las moleste. Hay, sin embargo, sus excepciones, como los leones y tigres devoradores de hombres y algún que otro elefante; pero casi siempre que el hombre ha sido atacado por un animal salvaje, ha obedecido a alguna causa, como vista defec- tuosa, miedo a que ataquen a las crías o a que les quiten la comida. Un cazador que lleva mucho tiempo en África cuenta dos casos que ha presenciado en esta forma:

«Llevaba varios días persiguiendo a un enorme elefante; me había visto siguiéndole la pista, había sido varias veces molestado en su retiro por mis perros. El animal «comprendía» que quería darle muerte. Un día, le sorprendieron los perros durmiendo; al despertar y verme rodeado de negros, cargó sobre nosotros con tal furia e impetu, que no nos dio tiempo para nada; tumbando hombres, caballos y perros, pasó como una avalancha destrozándolo todo a su paso.»

«En otra ocasión, dice el mismo cazador, iba con mis negros, yo a caballo, medio dormido bajo un calor abrasador, cuando el guía, que iba a dos metros delante de mi caballo, tiró los rifles y dando un

grito echó a correr. Los otros negros le siguieron. Miré hacia donde habían señalado y vi dos enormes manchas negras entre los árboles. Eran dos enormes elefantes que nos miraban tranquilamente abanicándose con sus grandes orejas. Me tiré de mi caballo y me dirigí al árbol más cercano buscando refugio entre sus ramas. Los elefantes, después de contemplar la escena, sin hacer caso de mi caballo abandonado que el terror había paralizado, dieron media vuelta y se situaron en el bosque con la mayor tranquilidad. Estos dos episodios muestran la diferencia de conducta de los elefantes provocados o no. El que había sido perseguido durante varios días nos atacó. Los que se encontraron frente a nosotros por casualidad no mostraron intención hostil alguna. Claro que dos casos no hacen regla; pero se puede decir que de cien

veces el elefante huye del hombre noventa y nueve. Ahora bien, que nunca se sabe cuándo va a serlo de cien. Puede ocurrir al primer encuentro y entonces, ¡adiós cazadores!»

Muchos libros de cacerías hacen creer que las fieras salvajes atacan al hombre con mucha frecuencia; pero los cazadores discretos y veraces dicen que tal afirmación es exagerada. En la caza del león, los cazadores, la ma-

yor parte de las veces tienen que perseguir al felino y obligarle a luchar, sin que esto quiera decir que otras veces no hagan frente y ataquen.

Uno de los cazadores profesionales de Rhodesia, Walker, que merece *entero crédito*, dice que va siempre acompañado de una señora, que es sorda como una tapia, y que en una ocasión se encontraba el cazador con su hermano en el valle del Zambeza persiguiendo a un rinoceronte. De repente, los negros empezaron a correr y a gritar, mas como la buena señora no oía nada, siguió andando; pero a los pocos pasos, dos colosales rinocerontes salieron de la maleza y a tres metros del burro le fueron dando escolta sin dar las menores muestras de querer acometer. Cuando la señora se dió cuenta de la compañía

que llevaba, nada pudo hacer. Siguió andando; los rinocerontes la acompañaron un rato y después de recorrer más de cien metros en aquella formación, las enormes bestias se internaron entre los espesos matorrales.

Sin embargo, los rinocerontes se consideran como los animales más fieros y brutos de África, y hay la creencia de que la sola vista del hombre le enfurece y carga al momento sobre él; pero este episodio demuestra que no todos son iguales y que hay rinocerontes que hasta son galantes con las señoras, si bien se afirma que de diez encuentros, en nueve, el rinoceronte ataca.

El mismo cazador cuenta en las lomas del río Mazoe, en Rhodesia del Sur, iba un día con su mujer, un operador de cinematógrafo y media docena de indígenas. Al llegar a una espesura notó algo extraño, una sensación



Un rinoceronte que las balas de los tiradores no pudieron cazar, pero que no pudo librarse del disparo de una cámara fotográfica.

como de que le acechaban. Se adelantó del grupo y al internarse unos pasos en el bosque, vió sobre la hierba un leopardo que le miraba fijamente y no cesaba de gruñir. Dió la voz de alerta, que el operador no oyó y siguió avanzando con su máquina. El cazador se echó la carabina a la cara.

Un leopardo herido siempre ataca y si aquél lo hubiera hecho, el operador hubiera aguantado el choque si no caía en el salto de un certero balazo; pero con gran rapidez el animal volvió gruñidas y huyendo se ocultó entre las zarzas.

Ni el mismo rey de los animales «es tan fiero como le pintan», dice el mencionado cazador y para corroborar el conocido dicho añade:

«Durante el año que pasé en el río Rufa, África Oriental Portuguesa, los leones nos molestaban constantemente. Mis cazadores indígenas se habían llevado repetidos sustos y desagradables encuentros. Con frecuencia les veíamos aparecer en lo alto de las lomas y acechar la casa, los rediles y los corrales.

«En la primera noche de campamento nos despertaron los gritos y risotadas de las hienas, infernal algarabía formada al otro lado del río con el cacareo de aquellos poco simpáticos animales. Inmediatamente envié a dos negros a examinar aquel lugar.

Por los juncos se deslizaron silenciosos y al apartar los últimos que les ocultaban, dieron de manos a boca con tres leones que fijaron su vista en ellos.

«Indudablemente habían oído el ruido entre los juncos y querían saber qué clase de animal se deslizaba por aquellos andurriales.

«Aquellos leones habían matado un gran antílope macho y lo estaban comiendo a la orilla del río.



Leona fotografiada al magnesio cuando se preparaba a cenar una buena ración de Antílope.

«A pesar de que su compañero había huído, el cazador disparó su rifle e hirió gravemente al macho. El león y las dos leonas dieron un salto y salieron huyendo, abandonando el destrozado antílope, sin intención de volverse y atacar al cazador y eso que lo más frecuente es que las leonas ataquen cuando el macho está herido, y éste lo iba tan seriamente, que el reguero de sangre formaba una doble línea, pues la bala le había atravesado de parte a parte abriéndole dos boquetes en el cuerpo.

«Si estos leones se hubieran visto acorralados, infaliblemente hubiesen atacado al cazador; pero al tener la selva libre huyeron inmediatamente.

«Como estos casos ocurren con tanta frecuencia, el cazador se olvida de la centésima vez, es decir, de la vez que atacan de ciento, y entonces paga caro su olvido. Es ese uno por ciento de veces cuando osmos decir: «un elefante le pisoteó, destrozándole; un rinoceronte le abrió el vientre; un león le partió el cráneo de un zarpazo.»

Este y otros casos que los cazadores de fieras narran nos confirman la teoría de que no siempre las fieras atacan sin que se las hostigue.

He aquí un procedimiento muy sencillo para aclarar de color del cabello. Después de haberse lavado bien la cabeza mediante un concienzudo «shampoing», se aplica sobre el cuero cabelludo el jugo de un limón, dejando humedecida la cabeza por espacio de diez minutos. Luego lávese a conciencia, secando el cabello con una toalla caliente, y de ser posible, al sol. Las personas que tengan color castaño claro podrán hacerse rubias con sólo seguir este sencillo procedimiento.